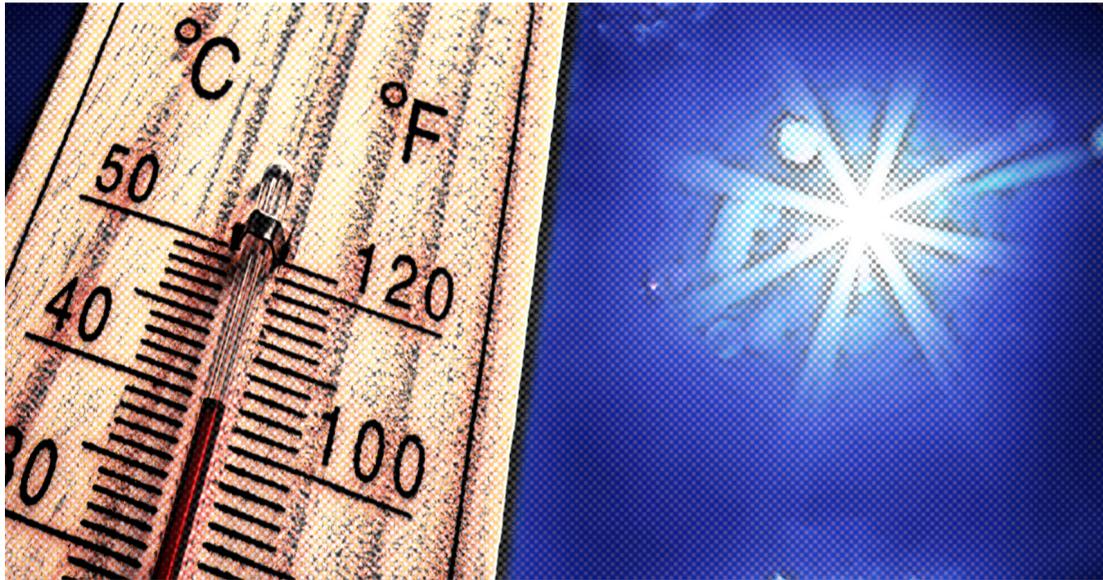


José Badal Nicolás

Este caluroso verano...

Este verano nos ha ofrecido abundantes motivos de preocupación. Y los desafíos del futuro también resultan en este momento inquietantes



HERALDO

No ha sido pródigo este verano en serpientes, ni en la aparición de animales monstruosos, ni en avistamientos de ovnis, ni en bulos sobre personajes asiduos del papel cuché. Los periódicos y los informativos de televisión no han tenido la necesidad, ni siquiera la tentación, de rellenar sus páginas o espacios con noticias fútiles. No les ha hecho falta. Les ha sobrado con las elevadas temperaturas padecidas, que en algunos lugares han alcanzado cifras de récord, los Juegos Olímpicos de

Tokio, los sonados traspasos de futbolistas de élite, los numerosos botellones protagonizados por gente egoísta, zafia e irresponsable a la que no se quiere meter en cintura, las cifras de nuevos contagios y fallecimientos a causa del maldito virus, la continuidad de las vacunaciones y la todavía no alcanzada inmunidad de grupo frente a la covid-19 (por mucho que el Sr. Sánchez y sus palmeros alardeen de lo contrario)...

Por desgracia, la cruda realidad se ha encargado de agobiarnos en

plena canícula con más noticias preocupantes que nos han arrebatado días de sosiego. Se han producido devastadores incendios que han arrasado extensas áreas de monte y que en algún caso han llegado a destruir fincas rurales y alquerías; también, fuertes tormentas que han descargado sin piedad grandes trombas de agua y a veces abundante pedrisco, e inundado villas y pueblos ocasionando cuantiosos daños y perjuicios. Agua y fuego, elementos naturales desbocados atribuidos al cambio climático, a

los que se ha venido a sumar otro desastre medioambiental, esta vez provocado y anunciado: la progresiva degradación del Mar Menor con origen en la poca conciencia y la mala acción del ser humano. Urge revertir esta situación mediante la ejecución de un plan viable de revitalización y conservación.

Sin apenas darnos descanso, se han producido otros acontecimientos que han venido a interrumpir nuestra ansiada calma en las semanas en las que muchos hemos buscado tranquilidad y reposo en vísperas de retornar al trabajo y afrontar los problemas cotidianos. En el panorama internacional, cito el hecho más relevante por las consecuencias que puede acarrear a corto y medio plazo; me refiero al vergonzoso desistimiento del gendarme de Occidente y de las naciones europeas para con su cacareada misión en Afganistán en pro de la democracia, que a mí me ha recordado la apresurada y humillante salida de Vietnam del socio americano allá por el año 1973, tras once años de permanencia y conflicto bélico. En clave nacional, persiste el apremiante problema de Ceuta y el desencuentro con Marruecos, así como la precaria y vergonzosa situación de muchos trabajadores autónomos o sin empleo estable, cuestiones torpemente gestionadas hasta ahora por el Gobierno autodenominado de progreso.

Otros nubarrones nos acechan por el horizonte. La implantación de un nuevo sistema público de pensiones, aun reconociendo que es un problema complejo, es un asunto de capital trascendencia para la protección social que reclama una solución atinada e inaplazable por parte de los agentes

involucrados. Igualmente perentoria es la necesidad de abordar, de una vez por todas, el abusivo y oneroso sistema de subasta y tarificación de la energía eléctrica, el volátil precio de la luz, por su tremendo impacto en las economías de empresas y hogares. Este asunto tampoco admite demora y el Gobierno, con las ministras de turno a la cabeza, tiene la obligación de resolverlo con premura, sin posponerlo con falsas y ridículas excusas que a nadie convencen, aunque ello implique que el estamento político renuncie a los inadmisibles beneficios de las puertas giratorias y a otras mamandurrias, sinecuras y corrupciones. Cárguese en la factura de la luz solo el precio que cuesta su generación, distribución y suministro y trasládese el resto de conceptos turbios e inaceptables (culpa de la mala gestión) a los presupuestos del Estado. Y si no, pues que el ciudadano lo tenga bien presente cuando le toque votar a los partidos (que no a candidatos) en las próximas elecciones generales.

Temo lo que puede suceder con la formación intelectual de nuestros menores y jóvenes, con su capacitación para encontrar el día de mañana un deseado puesto de trabajo. Nuestros gobernantes ya han ofrecido bastantes muestras de su cortedad, sectarismo, mendacidad e inacción y ahora auspician un proyecto de entontecimiento colectivo 'sostenible' consistente en una docencia inspirada en el adoctrinamiento, la perspectiva de género, la transversalidad y el igualitarismo forzado, y en una universidad regida por una jerarquía dependiente de la militancia de partido. Hablaremos de esto...

José Badal Nicolás es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza

Joaquín Santos Martí

La libertad de tomarse un café con leche

Desde hace ya unas décadas el debate político no se realiza a través de la confrontación de ideas argumentadas, se produce a través de frases cortas, emocionales, a través de metáforas e imágenes. En los últimos meses, especialmente en torno a las elecciones autonómicas madrileñas, me llamó poderosamente la atención que se volvía a confrontar políticamente en torno al valor de la libertad, pero esta vez no se hablaba en términos abstractos si no muy, muy concretos. Se hablaba de la libertad de tomarse, tranquilamente, un café con leche. Se supone que las medidas restrictivas que se están tomando para controlar la pandemia de la covid-19 atentaban contra esa libertad concreta.

Estamos ante un concepto de la libertad profundamente egoicéntrico y narcisista, el mismo

concepto de libertad que inspira a los partidarios de Trump en Estados Unidos y a muchos movimientos populistas y de derecha extrema en todo el planeta. Es un concepto de libertad que magnifica el derecho particular de uno sobre cualquier otra consideración. Los narcisistas son incapaces de mirar otra cosa que su propio ombligo y todo les parece que les es debido. Arrasan a los de al lado para extender hasta donde sea posible su propia libertad. En este marco, al resto, a los afectados por sus libres decisiones, no nos queda más que plegarnos y aceptar las consecuencias.

De esta manera, la salud y la vida de los demás, la construcción de un nosotros en el que quepamos todos, no tiene ningún valor. Solo tiene valor el derecho sacrosanto a tomarse un café con leche donde se quiera, cuando se

quiera y, por supuesto, sin mascarilla.

Los partidarios de este concepto de libertad, que no encuentran suficientemente contestación desde otros ámbitos, van ganando día a día más espacio en el imaginario colectivo de los españoles y del conjunto de Occidente.

En este contexto, veo con profunda tristeza que este tipo de argumentos, tradicionales y propios de aquellos que consideran que la sociedad consiste en un mero sumatorio de individuos, es asumido de forma acrítica por una parte de aquellos que se consideran progresistas o de izquierda.

El último ejemplo de esta derrota en la pelea por los valores lo veo representado en la postura adoptada por mi sindicato, CC. OO., en defensa de los trabajadores en residencias que no se han querido vacunar. No estoy en contra de que

el sindicato defienda en los tribunales a sus afiliados si encuentra causa legal de hacerlo, pero me preocupa y mucho que pierda la lealtad a sus principios fundamentales, a su forma de interpretar los valores democráticos, y se dedique a confrontar políticamente desde la defensa nada menos que de una interpretación de la libertad profundamente contradictoria con nuestra forma de ver la sociedad y de construir el nosotros democrático, caminando en una dirección contraria a la que interesa al conjunto de los trabajadores.

La decisión de un trabajador residencial de no vacunarse, en tanto sea legalmente sostenible, es libérrima, pero la sociedad en su conjunto, en aras a la construcción de un mundo en el que todos tengamos las mismas libertades, tiene derecho a limitar de la forma en que encuentre más adecuada, ese derecho. Coincido en que la vacunación del personal sanitario y social de atención directa al ciudadano debería ser obligatoria. Por eso mismo entiendo que, para mantener la coherencia, la defensa de nuestro concepto de libertad no puede pasar por la defensa pública de

las actitudes de los que entienden que la suya está por encima de la de los demás.

La no vacunación de ese personal pone en riesgo la salud y la vida del resto de los compañeros vacunados y de sus familias, y lo que es más grave, la de los residentes a los que tienen la obligación laboral y ética de proteger y cuidar y la de los familiares que los visitan. Las consecuencias en forma de restricción de la libertad de nuestros mayores residentes, que como todos sabemos bien son la parte más vulnerable en esta pandemia, son muy importantes. Hacer lo posible por evitarlas debería ser nuestra prioridad y debería ser tomado muy en cuenta en la reflexión previa a nuestra toma de postura y acciones. Además, también ellos y ellas fueron trabajadores en su momento.

Todos y todas tenemos derecho a tomarnos un café con leche con libertad, sin restricciones, el que algunos quieran tomarlo ya y a toda costa impide que muchos nos lo podamos tomar no ya ahora, si no en un futuro cada vez más inconcreto.

Joaquín Santos Martí es trabajador social